

**CUENTO N° 47**

**TITULO: LLAMAS DEL FUTURO**

**SEUDONIMO: ISABEL ALONSO**

**AUTORA: MARÍA EUGENIA VARGAS PASTÉN**

## Llamas del futuro

Isabel Alonso

La llamas Kuña y Laka eran las más problemáticas, del piño, siempre se apartaban del grupo y se iban a vagar por el pajonal próximo a San Pedro de Atacama. Su pastor, Jonhatan, les puso un GPS para poder localizarlas. Manuel, su padre, decía que en sus tiempos esas cosas no se usaban y qué si su abuelo, Arístides, estuviera vivo, no podría creerlo, ya que ellos toda la vida debieron arrear al piño sin ningún tipo de ayuda como no fuera el apoyo fiel de los perros. Ahora no había perros, al no necesitarlos poco a poco fueron desapareciendo.

Arístides, contaba poco antes de morir que, antiguamente, cuando las llamas se perdían había que salir a buscarlas así, nada más guiados por el instinto, ahora estos animales estaban en peligro de extinción, por eso se los cuidaba con excesivo mimo.

Ahora las cosas habían cambiado. Todo había cambiado, por ejemplo, los nombres de las personas, Jonhatan, se llamaba así y su segundo nombre era Brayan. A su abuelo le hubiera gustado que le pusieran Arístides Segundo como el, ya que a su juicio ese nombre quedaba mejor con sus apellidos, Mamani-Colque, pero su madre Britney Choque, decía que esos nombres estaban bien para el año 2000, pero para los nuevos tiempos, ya no servían.

Su padre Manuel Mamani, tenía 40 años, había nacido junto con el milenio y Johnatan de 16, vio la luz, cuando las llamas ya no se empleaban como sustento para sobrevivir.

El abuelo Arístides tenía muchas historias de la familia, que había vivido por siglos, dependiendo de las llamas. En este animal, nada se desperdiciaba, usaban la carne, la lana y hasta los huesos se usaban para el cerco.

Ahora, en cambio, se criaban sólo para el turismo. A la gente venida de Europa y Asia, le encantaba tomarse fotos con estos, “simpáticos animalitos”, como ellos los llamaban. Sobre cuyas cabezas pesaba el rótulo de “en peligro de extinción”.

A Jonhatan, también le gustaba que le tomaran fotos y se las enviaran por correo electrónico o whatsapp y él las redistribuía a su comunidad de amigos dispersa por el mundo. Su abuelo Arístides, contaba que a ellos no les gustaba para nada ese tema de las fotografías, ya que creían que la cámara al capturar sus imágenes también les cazaba, literalmente, el alma, y eso era muy malo.

Al joven le hacía mucha gracia esas historias de su abuelo, contaba que antes en San Pedro de Atacama, no había pavimento, no habían edificios, solo casas de adobe y de un piso, y él no podía entender como recibían a los turistas en tan poco espacio.

Sonó el teléfono, era su padre, que lo sacó de sus cavilaciones y le recordó que debía preocuparse de ubicar a las llamas Kuña y Laka.

Empezó a manipular su teléfono para dar con las condenadas llamas, pero seguramente andaban por un sector que aún tenía mala conexión, porque no lograba situarlas en ninguna parte.

Ellas, en tanto, ajenas a la aflicción de su pastor, había trepado hasta lo más alto de la Cordillera de Domeyko y desde allí miraban en dirección al poniente, siempre que subían allí hacían eso, para ver si alguna nube tóxica salía desde la mina “Alejandro Hales”.

-Mi madre, dijo Laka, me contaba que cuando ella era joven, además de la “Alejandro Hales”, había otra mina, “Chuquicamata”, que contaminaba las aguas, pero a la nueva mina le exigieron que tomara precauciones, ya que de lo contrario se iba a acabar la vida animal.

Kuña, la escuchaba con atención, definitivamente la madre de Laka era muy sabia y conocía muchas cosas de la vida pasada, que enseñaba a sus crías y eso mismo haría ella.

Jonhatan, a su vez, seguía afanado en dar con los discos auquénidos. Encontró el rastro y allá se dirigió escuchando la música a todo volumen en el Iphone último modelo. Johnatan, Johnny para los amigos, era un muchacho relajado sin problemas, su única preocupación era que su Iphone, siempre tuviera los últimos adelantos musicales.

Pensó que no había recargado la batería y apagó el teléfono. Comenzó a cantar en inglés, iba tan ensimismado en la música que interpretaba que no percibió el momento en que su apreciado teléfono cayó al suelo arenoso. Cuando se dio cuenta, volvió sobre sus pasos, angustiado, pero no encontró el aparato. Estaba desesperado, en su teléfono estaba todo, toda su corta vida, sus tareas, sus contactos, sus enamoradas, la música, el reloj, el GPS y lo más importante: la posibilidad de comunicarse.

-Estoy perdido, dijo, sin el localizador no podré encontrar a las llamas y nadie podrá encontrarme a mí, ¡moriré perdido en el desierto!, empampado, palabra tan repetida por su abuelo y a que a él recién comenzaba a hacerle sentido.

Se desesperó, corrió al cerro a ver si divisaba a Kuña y Laka pero no tuvo éxito. Bajó a saltos. Las llamó a viva voz. Su única posibilidad de volver a su hogar sano y salvo era encontrar a las llamas, ya que ellas sí conocían el regreso a casa.

- ¡Criaturas tontas! pensó, ¡cómo se les ocurre escaparse y poner en riesgo mi vida! Mañana tengo control electrónico en el Liceo y no podré llegar.

Rápidamente anocheció y el terror comenzó a apoderarse de Jonhatan, sin el localizador no podía hacer nada, se acurrucó intentando controlar su cuerpo sobresaltado por los escalofríos.

Miró al cielo y pensó en su abuelo,

-Abuelo Arístides, ¿cómo te las arreglabas sin ayuda electrónica para encontrar tus llamas?

Aunque hizo la pregunta en voz alta, el silencio fue lo único que recibió por respuesta.

Miro, el cielo, miles de estrellas comenzaron a aparecer en el firmamento. Su abuelo se guiaba por ellas, pero a Jonhatan las estrellas no le decían nada, intentó ubicar la Cruz del Sur y no lo consiguió.

Promediando, al menos así imaginaba, la medianoche, el frío comenzó a hacerse insoportable.

Pensó en su cálido departamento a orillas del Río Quítor frente al Pukara, se imaginó caminado por la calle recién pavimentada, mirando los postes del alumbrado eléctrico, instalados cuando era niño.

Sonrió al recordar la enorme antena puesta en el patio del edificio y que era la responsable que ellos tuvieran telefonía celular, conexión Wifi y televisión de alta definición.

- ¡No quiero morir de frío! Quiso gritar a todo pulmón, pero el frío sólo permitía que de su boca salieran murmullos.

Pensó en su madre, Britney en su abuelo Arístides y se puso a llorar, como nunca lo había hecho. Tenía frío, hambre y estaba asustado. Lloró hasta que el sueño lo venció.

Mientras dormía sintió que algo abrigaba su cuerpo y por la mañana al despuntar el sol vio que había dormido prácticamente aprisionado entre Kuña y Laka.

-¡Amigas! gritó que bueno que me encontraron, me alegro de verlas, no se imaginan cuanto, para que me lleven a casa, porque supongo que ustedes sabrán como regresar a San Pedro.

Laka y Cuña se miraron y pararon sus orejas, reflexionando que los hombres a veces se suelen comportar de una manera muy tonta.

Cuando llegaron al pueblo encontraron varios vehículos y motos todo terreno que se aprontaban a salir en su búsqueda.

Desde que llegó el GPS al pueblo y los pastores por instrucciones de las autoridades municipales pusieron uno de estos aparatos a sus llamas, y todo el mundo andaba premunido de un teléfono celular, ya nadie se perdía, extraviarse era una curiosidad del pasado.

Pero cuando ocurría algún hecho así se organizaban rápidamente y salían en su búsqueda.

Los más viejos, revivían, los pesares de antaño y la vieja solidaridad de los vecinos, cuando uno de la comunidad se perdía y en este caso de no haber sido por la astucia de las llamas que les arruinaron la fiesta, el grupo de hombres habría podido tener esa mañana una búsqueda que permitiera recuperar tiempos perdidos.

**FIN**